

Precio: \$ 1.20

102

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Página para los Niños

Cuenta-Nabos

Comenzamos ahora este bellísimo folletín, apropiado para niños de 6 a 12 años, traducción del famoso libro del profesor A. Müller, y una de las más bellas lecturas para niños escrita hasta hoy.



I

¿QUIEN ERA CUENTA NABOS?

Entre Silesia y Bohemia, levantando su nevada cabeza por encima de frondosos bosques y desnudos peñascos, se elevan majestuosamente los Montes de los Gigantes. Allí, en las obscuras entrañas de esos montes, habita el famoso y temido duende Cuenta-Nabos. Soberano de los espíritus subterráneos, en la superficie de la tierra posee tan sólo un pequeño territorio de pocos kilómetros de circunferencia, cercado por una cadena de montañas. Su verdadero dominio comienza muy por debajo del suelo que pisamos y su poderío, hacia el centro de la Tierra, alcanza muchos cientos de millas de profundidad. Con frecuencia, al rey subterráneo, le place cruzar sus vastos territorios, para contemplar los inagotables tesoros, los metales y las piedras preciosas que posee, así como para pasar revista a sus siervos, los duendecillos, y darles

trabajo; unas veces les hace detener los torrentes de fuego por medio de sólidos diques; otras, los obliga a transformar los metales impuros en metales preciosos. De tanto en tanto, dejando atrás todas las preocupaciones de su profundo gobierno, aparece en la superficie de la Tierra y decide burlarse y juguetear a su capricho con los seres humanos. Porque debe saberse, que Cuenta-Nabos tiene un carácter muy especial; es caprichoso, vehemente, maligno, indeciso; a veces bondadoso, noble y sentimental; otras tolerante y severo... En fin, como un rayo de sol entre los nubarrones, relámpagos y truenos; hoy el mejor de los amigos, mañana frío y hosco; lleno de contrastes, en fin, según su humor del momento.



II

CUENTA-NABOS SE HACE CRIADO

Desde tiempos remotos, la presencia de Cuenta-Nabos hacia inseguro el paso por los montes. Cuando estaba de humor, se entretenía en hacer luchar los osos contra los toros

salvajes, persiguiendo con ruido infernal a los gamos y otros animalillos inofensivos. Cansado de estas cacerías, volviase a sus regiones subterráneas y permanecía allí siglos enteros, hasta que de nuevo volvía a sentir ganas de tumbarse al sol y disfrutar de las delicias de la creación. ¡Cuál no fué su asombro al ver a la Tierra tan cambiada por el paso del tiempo! Desde la cumbre nevada de la montaña, a donde se le ocurrió asomar la nariz, vió cómo los bosques impenetrables se habían transformado en campos fértiles. Bellas espigas inclinábanse hacia el suelo, doradas por los rayos del sol; los árboles frutales mostraban el adorno de su sabrosa carga; las casas de tejados rojos, casi verticales, contemplaban el grato aspecto de la Tierra, después del trabajo humano. En los prados recubiertos de flores pacían cabras y ovejas, mientras los pastorcillos entonaban dulces melodías.

La novedad del caso y la grata misión, regocijaron al duende. En vez de protestar de que los hombres se hubieran apropiado de sus tierras, los dejó caer con la misma bondadosa indiferencia con que los hombres dejan que se cobije la golondrina bajo su techo. Hasta le entraron ganas de conocer más de cerca a los industriosos seres humanos, así como su manera de ser y pensar, y por ello adoptó figura y traje de criado y se fué a ofrecer sus servicios al primer campesino que encontró. Tomó el nombre de Rips y, como todo cuanto hacia lo ejecutaba bien, fué pronto conocido en el pueblo como el mozo más fiel y trabajador.

Pero su amo era descuidado y holgazán. Se gastaba totalmente la ganancia que sacaba del trabajo de su fiel criado y le agradecía muy poco sus esfuerzos. Por lo tanto, Rips se marchó y fué a servir a su vecino. Allí tenía que ocuparse del ganado, lo que hizo muy cuidadosamente, llevando los animales a los sitios donde la hierba era más abundante. Jamás las ovejas habían estado tan gordas, ni habían criado tanto. Ni una sola se despeñaba entre las rocas y el lobo no se atrevía a acercarse... Pero este amo era tan avaro, que escatimó el sueldo a Rips, y, no contento con ello, se robó a sí mismo un par de carneros para echar la culpa al criado y rebajarle del sueldo el importe de los animales.

Entonces Rips se escapó, yéndose a servir de lacayo al Juez. Ya no habría ladrón que pudiese escapar, pues Rips servía a la Justicia con el mayor afán. Pero resultó que el Juez era un hombre injusto, que sentenciaba a su capricho, burándose de las leyes. No queriendo seguir el mal ejemplo de su amo, Rips se despidió... y entonces el Juez lo encerró en el calabozo. Claro que él salió fácilmente por donde suelen salir y entrar los duendes: por el agujero de la cerradura.

Este primer ensayo de estudio de Humanidades no fué alentador para Cuenta-Nabos, ni, mucho menos, eficaz para aumentar su amor a los humanos. Nuestro duende regresó malhumorado a lo alto de sus peñascos, y contemplando desde su rocosa atalaya los vastos y bien labrados campos, se extrañó de que la Naturaleza pudiera repartir sus abundantes dones entre seres que tan poco lo merecían.

La curiosidad, sin embargo, volvió a atraerle hacia la superficie de la Tierra.

